

LIBRO II CAPÍTULO V

El cacique don Juan de Calchaquí arrasa tres ciudades españolas. Trasládase la ciudad de Londres al valle de Comando. Mueren casi todos los vecinos y soldados de Córdoba en el valle de Calchaquí.

Es preciso no perder de vista al Tucumán, cuya historia va tomando mayores enlaces con las demás provincias convecinas, á proporción que se extendía la base de su constitución política. El inmortal Zurita, que reunía todas las calidades propias para extender y cimentar las conquistas, le había hecho dar un paso muy brillante en la carrera de la civilización. Apenas dueño del mando se le ve triunfar como héroe conducido por el honor, atraer por su clemencia á los que ahuyentó el espanto, y erigir establecimientos dignos de una prudencia consumada. La caída de este grande hombre envolvió en sus ruinas á la provincia; porque irritados los bárbaros con el violento despojo que les hizo Castañeda, creían vengarse á sí mismos vengando sus ultrajes. A pesar de que el usurpador realizó en el sitio de Jujuy el plan de Zurita, dando principio á la ciudad de Nieva el año de 1561, no tuvo genio ni bastante constancia para impedir el torrente de los bárbaros, quienes conducidos por su cacique D. Juan de Calchaquí, arrasaron tres ciudades¹ que eran el fruto de sus fatigas, y el asilo de la esperanza pública.

La ciudad de Londres fué la primera que vio el amago de esta terrible insurrección. Confederándose los Diaguitas en número de cuatro mil, con el cacique D. Juan, vinieron á embestirla, pero la vigilancia y prevención de sus moradores los obligó á dar otro objeto á su rencor. Sin perdonar diligencia se encaminaron á Córdoba. Aquí les salieron al encuentro con su gente D. Nicolás Carrasco, y Julián Sardeño, dos capitanes, cuyo crédito los había ya casi vencido antes de llegar á las manos. Costó muy cara á los bárbaros esta batalla, pues pasados unos por el filo de la espada, precipitados otros de lo alto de las peñas, y tomando prisionero su respetado cacique, tuvieron que llorar una completa derrota. Las repetidas experiencias de la perfidia de los bárbaros, debieron advertir á Castañeda que era una falta de prudencia no prevenirse para la guerra en el momento mismo que se firmaba la paz. Con todo, él incautamente dió crédito á las promesas simuladas del prisionero, y poniéndolo en libertad, se lisonjeaba haber asegurado una quietud estable. Un engaño, que en el concepto del bárbaro era más poderoso que sus fuerzas, se creyó en obligación de afianzarlo por todos los medios que le sugería su astucia. Fingiendo hallarse rendido á las verdades de nuestra religión, disfrazó su pica homicida con este sagrado velo, y se hizo bautizar. El mismo ejemplo siguieron sus capitanes.

Todo conducía á restablecer el ánimo del cacique D. Juan a pesar de su pasado infortunio. El buen tratamiento de los españoles disipaba las impresiones de susto que causó su prisión; la experiencia de lo pasado lo instruía en el porvenir; y el conocimiento de los puestos menos aparejados á la defensa, le señalaba el camino de sus operaciones militares. Con tan favorables auspicios se resolvió á abrir la campaña, dando principio á ella por el hecho más insultante. Bajo la fe de los tratados atravesaba de Londres á Santiago el capitán Julián Sedeño, llevando sólo en su compañía á Damián Bernal. Los Calchaquíes, que observaban todos los movimientos de los nuestros y que deseaban verse libres de un capitán, que por su valor se había hecho acreedor á sus primeros temores, lo aguardaron emboscadas en el valle de Yocabil. Aquí le salieron de improviso. Los dos españoles se defendieron con valor heroico. Bernal perdió allí la vida, quedando reservado Sedeño, para que en la lentitud de los tormentos, sufriese muerte más cruel.

Estas muertes fueron como la trompeta que reunió á todos los bárbaros en una conspiración universal. Sin malograr instante el Calchaquí se puso sobre Córdoba, llenándola de espanto.

1 A estas ciudades, que fueron Londres, Cañete y Córdoba de Calchaquí, les impuso nuevos nombres Castañeda para ofuscar la gloria de Zurita: á la primera llamó ciudad de Villagra, á la segunda ciudad de Orduña, á la tercera ciudad nueva del Espíritu Santo. A la provincia llámola también del Nuevo Extremo.

Castañeda vino con diligencia a socorrerla, y sólo fue para aumentar su consternación. Sorprendido él mismo en una emboscada, dispuesta con inteligencia y arte, tuvo á gran dicha escapar vivo; dejando muertos en el campo no pocos de sus soldados. No hallándose en estado de salir en campaña, quiso encubrir su flaqueza con un infructuoso ejemplo de severidad. Hizo castigar cruelmente a muchos prisioneros, y que arrojándose al campo enemigo provocasen con sus llagas al escarmiento. El rigor podrá ser útil para con los espíritus pusilánimes, que se arrastran bajo la esclavitud del miedo. Los Calchaquíes eran de índole más propia á hacerlos irreconciliables. En efecto, el espectáculo de los prisioneros maltratados, quienes solo excitando a la venganza, creían poner fin á su infortunio infundió valor hasta en los pechos más cobardes. Todos de común acuerdo convinieron en continuar la guerra hasta dar el último aliento; y para que fuese irrevocable esta resolución se multaron en la pena de ser mirado como infame todo el que propusiese proposiciones de paz. Alentados de este espíritu apretaron el cerco que tenían puesto á la ciudad. Ninguno era osado a salir de ella. El general Castañeda, de quien por medio de un paisano imploraron el socorro los sitiados, tenía muy viva la imagen del terror, y sólo trataba de ponerse al otro lado del peligro. Dándoles buenas esperanzas se retiró á Londres, siempre perseguido de los bárbaros, quienes le picaron la retaguardia, tomándole algunos prisioneros, que sirvieron de trágica materia á sus enojos.

Estas ventajas del enemigo vivamente representadas por la imaginación de Castañeda, le hacían gustar toda la hiel de su afrentoso proceder. Avergonzado de haberse hecho odioso y despreciable por su cobardía, resuelve purgar su oprobio introduciendo un socorro en la ciudad. Con un grueso trozo de gente, que le proveyeron los valerosos santiagueños, vuelve á entrar en Calchaquí. Con tan respetables fuerzas el hombre más cobarde podía hacer grandes cosas y sorprender la admiración sin merecerla. Noticiosos los indios de esta marcha se apostaron en el mismo sitio, que poco antes había sido funesto a sus contrarios; pero tomando estos una ruta desconocida y fragosísima atacaron por el punto que menos lo esperaban, y les causaron un sangriento destrozo. Castañeda introdujo el socorro en la plaza hallándola libre de obstáculos. Sin renunciar los Calchaquíes el designio de arruinar este establecimiento, se acogieron por ahora á sus breñas como á un lugar de refugio. En la impotencia de forzarlos Castañeda, se apodero del fértil valle que proveía a su subsistencia, y abrió con ellos una negociación. Ella tenía por base una obediencia tributaria, y esta era para ellos más aborrecible que la muerte. Resueltos a no abrazar otro partido que el de su libertad, y persuadidos que bastaba la lentitud para decidir este negocio á su favor, prolongaban sagazmente la conclusión. El general español penetró el artificio; por lo que contentándose con talar sus mieses, dio vuelta á la ciudad de Córdoba. Persuadido de haber satisfecho a su odio y vanidad, y domado enteramente el orgullo Calchaquíno, aumento la guarnición de esta plaza con veinte y cinco soldados, y se retiró á Londres.

Muy en breve conoció Castañeda que el odio implacable de los bárbaros solo cedía á la necesidad, esperando ocasiones más seguras. Ejecutados de su invariable resolución, volvieron á ocupar los puestos del pasado asedio. Su constancia en los ataques generales hasta acercarse a escalar el muro, a pesar del destrozo que hacía en ellos el fuego de la plaza; el desamparo del general Castañeda, quien aunque requerido por los sitiados parecía haberlos abandonado a su aflicción; en fin la agonía en que los puso la falta de agua cortada por el enemigo; todo esto los obligó á conocer la necesidad de hacer una salida. Este era el único recurso que les dictaba la desesperación; pero recurso, que solo parecía proporcionarles una muerte más gloriosa. La resolución fué tomada, y en ella entraron hasta las mujeres, estimando por menos infortunio morir con las armas en las manos al lado de sus consortes. Con un coraje precipitado se echaron los bárbaros en un momento de descuido, y desde el primer encuentro los arrollaron. Quedó el camino cubierto de cadáveres, y se hicieron algunos prisioneros, entre quienes la hija del cacique D. Juan, que sirvió a la decoración del triunfo. Aunque destrozado este cacique no dejó de caminar á su objeto con una constancia igualmente firme, que temible. El odio, la venganza, el amor paternal y el de la patria, se confundían en su pecho, y apresuraban sus proyectos hostiles. Más irritado que nunca con la pérdida de la hija, mandó la flecha simbólica a todas las parcialidades de su nación, y los interesó en su querrela.

Entretanto ciertos rumores de que la venida del capitán Pedro de Cisterna enviado por el Adelantado Francisco de Villagrán, era con el objeto de relevar á Castañeda, debía necesariamente ocupar todos los cuidados de este ambicioso general, que esclavo de sus pasiones, sólo parecía capaz de grandes faltas. No fue la menor, que deseando ganarse la afición de Cisterna, luego que supo era otro el objeto de su venida, ejecutase en estas peligrosas circunstancias el plan que éste le propuso de trasladar la ciudad de Londres al valle de Comando, distante sólo veinte leguas de la de Orduña, ó de Cañete. Así se hizo en 1562. El Calchaquí que observaba con cuidado las atenciones en que se hallaba complicado Castañeda, se aprovechó de su embarazo para restablecer el sitio de Córdoba. Con un grueso ejército vino sobre ella, y la ciñó estrechamente. Nada se omitió de su parte de cuanto podía conducir á su designio. Flechas inflamadas, asaltos vigorosos, ataques llenos de ímpetu, estos eran los medios con que llenaba de espanto á los sitiados. Fácilmente advirtieron éstos, que á tan furioso empeño, daba impulso el rescate de la hija del cacique, y entrando en esperanzas de serenar esta borrasca, le propusieron un ajuste amigable. El cacique se mostró inclinado a la paz, trató a los diputados con aquella activa simplicidad de que usa con el débil el que tiene de su parte la fuerza. Inexorable en su propósito, dictó los artículos del tratado, reducidos a que se le restituiría su hija, y se evacuaría la plaza bajo el salvo conducto que prometía a la guarnición. No era esto lo peor, sino que este pequeño beneficio nada tenía de verdadero, no siendo más que un lazo, que tendía el pérfido cacique para lograr mejor sus intentos. Los españoles cayeron en él. Ataviaron a la cautiva con todos los aliños femeniles que aumentan las gracias de este sexo, y que debían captarle la benevolencia del padre; pero este cacique no bien había recuperado a la hija, cuando dio orden de apretar el asedio con doblados esfuerzos.

La ruina de los españoles era inevitable. En ese conflicto les pareció, que era forzoso aventurarse al acaso. Todos de común acuerdo resolvieron evadirse esa misma noche por un lado de la ciudad, que parecía menos custodiado. En lo más silencioso de las tinieblas emprendieron su marcha. La felicidad de los primeros pasos los animaba á continuarla, cuando sólo era para acercarlos al precipicio.

Sentidos de los bárbaros por el importuno llanto de las criaturas, fueron improvisamente asaltados. Fué en vano para contener la rapidez del ataque la heroica resistencia de los soldados españoles.

A excepción del maestro de campo Hernando de Mejía, que con seis de los suyos se abrió pasaje por entre una espesa multitud, y pudo ponerse en salvo entrando después en la ciudad de Nieva, ninguno escapó la vida.

CAPÍTULO VI

Ataca Castañeda a los Calchaquíes. Una falta de Castañeda hace perecer a algunos españoles. Trescientos Calchaquíes se sacrifican por la patria. Sesenta jóvenes indios forman un cuerpo, y viene en auxilio de sus padres. Vence Zenteno a los de Silípica. Heroicidad de tres indias. Son despoblados Londres y Cañete. Entra Aguirre a gobernar el Tucumán. Aguirre se halla en gran peligro, y lo liberta Gaspar de Medina. Los Calchaquíes se defienden, y hacen estragos. Prudente retirada de Medina. Vuelve éste a libertar al gobernador.

La altivez crece por lo común en proporción de la prosperidad. Después de haber los Calchaquíes desmantelado la ciudad de Córdoba, y sometido en las mujeres españolas que sobrevivieron á la derrota, atrocidades tales, de que se horroriza la pluma, nada menos se proponían que llevar su osadía hasta el exterminio del último establecimiento español. Aunque por un orden inverso parecía que esto debía abatir el aliento español, no sucedió así. Castañeda tenía los vicios de una alma al mismo tiempo tímida y feroz. Por esta vez deseaba vivamente borrar las manchas con que se hallaba afeada su reputación, y todas las ciudades conspiraban a una venganza de

que se prometían un útil escarmiento. Hechos los preparativos convenientes, abrió este general la campaña. Los bárbaros no rehusaron el ataque, antes bien respirando cierto entusiasmo de libertad, intentaban prevenirlo acelerándose a ocupar un estrecho, de que hechos dueños parecía inevitable la ruína de su enemigo. El general Castañeda reconoció el peligro en que se hallaba, y quisiera retirarse; pero temiendo acrecentar un oprobio que ya se tenía merecido, se resolvió a un hecho temerario, con, el que al paso que recuperaba su fama por el ejemplo y por la acción, esperaba intimidar á los bárbaros. Con sólo seis soldados los ataca en el mismo puesto. Llenos todos de aquel furor mortal que caracteriza los guerreros de aquel siglo, ejecutan prodigios de valor. Queriendo atraerlos á campo raso donde pudiese maniobrar la caballería aparentan mañosamente retirarse. El calor con que los bárbaros se empeñan en seguirlos no les deja penetrar el designio. Ellos se avanzan con denuedo. El ejército español recibe orden de combatir, y lo ejecuta con valor. El de los bárbaros se resiste por mucho tiempo reemplazando sus filas derrotadas, y dando mucho cuidado á sus maestros en el arte de pelear; pero al fin la victoria se declaró por los españoles aunque con algunos muertos y muchos heridos.

Esta victoria si algo dejó de útil a los españoles, fue haberles enseñado a temer á estos bárbaros. Por lo demás los vencidos adquirieron un nuevo motivo de aborrecerlos, y de prepararse á los combates con más acuerdo y deliberación. A este efecto se recogieron a sus guaridas inaccesibles. Castañeda entró con nuevas fuerzas en su fértil valle, y lo encontró casi desierto. Confiado en que no se le hacía resistencia, las enflaqueció imprudentemente, dividiéndolas con el objeto de satisfacer sus venganzas. Este procedimiento fué fatal á los españoles, porque muchos se vieron en extremo peligro, y otros perecieron á manos de los bárbaros.

Un encadenamiento de faltas enormes, hizo que Castañeda causase pérdidas irreparables. Bien instruido en que la ciudad de Cañete se hallaba en grande apuro por la insurrección de los indios de su distrito, se contentó con destacar en su socorro solo doce hombres á las órdenes del capitán Bartolomé Mansilla. Un auxilio tan menguado sólo sirvió para acrecentar el desaliento. Los vecinos de Cañete ya habían transportado sus hogares a la ciudad de Santiago. Ellos conocían bien los descuidos de que era capaz Castañeda, y no queriendo exponerse al fin trágico de los de Córdoba, tomaron con anticipación sus medidas. La llegada de Mansilla los afianzó en su resolución. Castañeda echó de ver que había sido muy grande aventurar trece hombres solos en un país sembrado de peligros. A los tres días movió sus reales con la esperanza de salvarlos al abrigo de su fama. Este era un fatuo orgullo de que en breve quedó desengañado. Mansilla con sus doce compañeros debió su salud á un acaso; pero Castañeda con su ejército bien necesitó toda la ventaja de sus armas para no salir derrotado. Trescientos bárbaros resueltos á vengar en estos españoles los males que sufría su patria, le disputaron el paso. Su constancia á prueba de todos los estragos que podían causar las balas, no desfalleció un punto. No tanto como hombres, cuanto como bestias, sin más razón que el ímpetu, se arrojaron al hierro y al fuego de sus contrarios, hasta llegar á mezclarse unos con otros. Los más de estos valientes perecieron en el combate, contentos con haberse sacrificado á la patria, y hecho correr mucha sangre enemiga.

Libre Castañeda de estos riesgos prosiguió su jornada. ¡Cuál fué su desconsuelo cuando sitio la despoblación de Cañete! Era esta plaza muy importante, pues con ella se entrenaba no poco el furor de los bárbaros. A fuerza de una constancia sostenida, consiguió este general verla repoblada segunda vez, habiendo hecho volver á sus antiguos moradores, quienes á precaución dejaron en Santiago sus hijos y mujeres.

El odio á un gobierno militar donde la espada era la ley fundamental, se había ya extendido por todas partes. Apenas se hallaban asentadas las cosas, cuando, como si de la misma seguridad naciesen los peligros, fué preciso reprimir la osada resolución con que los indios de Sípica disputaron el paso á Castañeda, é inquietaban toda la tierra. El incendio y la devastación señalaron los pasos de los españoles en esta jornada. De pueblo en pueblo persiguieron á los

bárbaros haciendo en ellos una horrible carnicería. Conoce poco la gloria el que la coloca en matar á los que, tratados bien, pudieran ser amigos. Aun los que escaparon con vida, sólo parecía haberla reservado á los que lo eran de su libertad. Refugiados al pueblo de Deteicum hicieron pasar sus sentimientos á estos moradores. Muy confiados en que la ventaja del sitio hacía su fortaleza inexpugnable, teniendo los españoles que superar las dificultades de una subida muy agria, levantaron el estandarte de la libertad. Fué obstinada la resistencia; pero encontrando los españoles por dicha suya una senda mal defendida, ganaron la altura de la montaña, y a hierro y fuego se hicieron dueños de la plaza.

Por todo acontecimiento habían dispuesto los bárbaros transportar en tiempo sus familias a parajes menos arriesgados. Entretanto que los padres sacrificaban sus vidas á la seguridad de sus hijos, un tierno sentimiento de que sólo la naturaleza podía ser autora, obraba en éstos con toda su energía. Llenos de un espíritu marcial se escapan del regazo de sus madres, y sin reflexionar en que sus brazos, aun no son aptos para sostener las armas, los unen en común para desafiar los peligros de la guerra. En número de sesenta, de los que el mayor no pasaba de quince años, volaron en auxilio de sus padres. Fuéronse acercando con la poca cautela que era propia de su inocencia. El polvo de su marcha estrepitosa alarmó á los españoles, quienes salieron de sus alojamientos y se prepararon al combate. Quedaron muy corridos luego que conocieron al enemigo y sus designios. La bizarría de esta acción fue recompensada por los españoles con dones y caricias. Estas amansaron el furor indómito de los padres, y fueron más poderosas que las balas para que suscribiesen a la paz. Los desastres de esta guerra se hacen de algún modo disimulables, pues que ella dió ocasión para que los anales del Tucumán, se viesen enriquecidos con un tan bello ejemplo de amor filial.

Castañeda, concluida esta guerra, buscó una ocupación propia al militar esfuerzo de sus soldados. El capitán Pedro López Zenteno, con veinte hombres escogidos, partió de orden suya en socorro de Londres. En este tránsito hizo ver el valeroso Zenteno, que vale tanto un buen general como un ejército. Los indios de Silípica, quienes ya estaban arrepentidos de su obediencia, le salieron al encuentro. Toda esta multitud embravecida con sus mismos desastres, no fue bastante á desunirlos. Teñida la campaña con sangre de los bárbaros, entraron triunfantes en Londres. No fué bastante este auxilio á infundir seguridad en los ánimos, porque inmediatamente se supo que todas las parcialidades hasta el valle de Chocavil formadas en liga con el cacique D. Juan de Calchaquí, le hablan ofrecido sus brazos armado de la venganza, y que se disponía á invadir esta ciudad. Era forzoso impartir esta noticia á Castañeda, é implorar su socorro. Cuatro hombres acostumbrados á tener por más gloriosa una empresa á medida que era más temeraria, tomaron de su cuenta ejecutarlo. Como si se hubiesen propuesto los medios de multiplicarlos peligros, se apoderaron en el tránsito de un cacique abandonado de sus vasallos. No faltó quien reparase la vergonzosa deserción de estos cobardes. Tres indias llenas de un valor heroico con que desmentían la flaqueza de su sexo se armaron de tizonas, y echando en rostro á los indios su ignominiosa huída, embistieron contra los españoles. La gentileza de esta acción merecía indultarlas de todo daño; pero la bravura rústica de sus contrarios estaba acostumbrada á no respetar ningunos fueros. Lejos de celebrar este lance en que adelantar con los bárbaros el crédito de su nación, después de haber dado muerte al cacique, no tuvieron á mengua ensangrentar sus armas en un sexo que es vencer, cederle la victoria. Luego que las indias se vieron en estado de no poder sostener el choque, tomaron el partido de arrojar de un precipicio, primero que caer en manos tan aborrecidas como las de sus contrarios. Sus maridos expiaron con su muerte su infame cobardía. Es preciso reconocer en estos nobles ejemplos, que no faltaba grandeza de ánimo á estos bárbaros, y que la inferioridad de sus armas y los desórdenes de una multitud sin disciplina, son las verdaderas causas que explican el desenredo trágico de estas guerras. Los cuatro soldados concluyeron su marcha; no acabando de engrandecer el coraje de las indias.

Al oír las nuevas que trajeron estos emisarios descubrió Castañeda toda la flaqueza de su espíritu. La confederación de tantas parcialidades enemigas era un cuadro espantoso, donde veía se le exigían empresas militares, superiores á su valor y á sus talentos. Sin tener arte para disimular

su cobardía, tembló á la vista de tantos riesgos, y dispuso evitarlos expidiendo órdenes positivas para que se despoblases las ciudades de Londres y Cañete. Fueron infructuosos los ruegos de sus ciudadanos á fin que desistiese de un pensamiento tan funesto á la patria, y tan eversivo de sus propiedades. Inflexible en su relación los obligó á transportarse á Santiago en 1562 aun sin permitirles la cosecha de granos. La desesperación con que lo hicieron aumentó la infamia del opresor. Muchos soldados se emigraron al reino de Chile, a donde el siguiente año partió también Castañeda, dejando el mando de la ciudad de Santiago al capitán Manuel de Peralta. No cupo mejor suerte á la ciudad de Nieva fundada en el valle de Jujuy. Los bárbaros que rodeaban se habían hecho irreconciliables con los ejemplos contagiosos que les daba el Calchaquí. El capitán Pedro de Zárate no pudo resistir por más tiempo los porfiados asaltos del enemigo, y perdiendo toda esperanza de socorro, cedió al triste destino de abandonar esta plaza. Con estas pérdidas quedó toda la provincia reducida a la ciudad de Santiago, único fruto de diez años regados con mucha sangre, lágrimas y sudores. En el mismo estado la había dejado el general Juan Núñez de Prado, y si algo había que añadir, era saberse no era invencible el español.

El desamparo de tantas gentes inspiró justas inquietudes a la ciudad de Santiago, que hasta entonces se había mirado como el puerto de seguridad. Con todo, aunque cercada de tanto bárbaro orgulloso, sostuvo con mucho crédito el peso de los peligros. No fue pequeña dicha suya que el gobernador del reino, Lope García de Castro, extendiese hasta ella su vigilancia, y le diese un gobernador capaz, por su valor, de restablecerla en su antigua gloria. Este era Francisco de Aguirre. A la verdad, el desagrado con que se oía su nombre en toda esa provincia, desde que la gobernó por D. Pedro de Valdívía, no parecía buen presagio de una suerte venturosa; pero con todo sus grandes proezas en el reino de Chile contra los temibles Araucanos, unidas á la constante fidelidad con que se manejó en los disturbios del Perú, lo hacían acreedor de está confianza, y debían purgar su memoria. Sobre estas razones procedió Castro a nombrarlo gobernador de esta provincia con total independencia de los gobernadores de Chile². La historia nos hará ver que Aguirre no llenó estas esperanzas sino en parte.

Los sucesos referidos nos anticipan una idea del estado deplorable en que encontró su provincia. Casi toda ella sometida al poder de los bárbaros, no se veían por todas partes sino ruinas, desolaciones, estragos y osadía del enemigo. No pudo menos de conocer Aguirre, cuanto importaba dedicar sus desvelos a las cosas de la guerra. Valeroso, vigilante, lleno de celo y volando a todas partes donde era mayor el peligro, logró inspirar en los ánimos un entusiasmo militar que dio respiración á la provincia, e iba á poner en crédito el poder español. Aguirre pisó todo el terreno que poseyeron los españoles: buscó á los bárbaros en sus mismos alojamientos; tuvo con ellos encuentros muy felices; los obligó á retirarse donde los ecos de su valor no pudiesen amedrentarlos, y en fin llenó la ciudad de Santiago de prisioneros y despojos.

Pero no siempre la fortuna le favoreció tan apresurada, que pudiese persuadirse estaba pendiente de sus órdenes. Hallábase acampado Aguirre en el valle de Calchaquí, cuando se vió sorprendido de cuatro mil bárbaros llenos de coraje y resolución. Ambos ejércitos vinieron a las manos con igual furor. El estrago que las balas causaban en los bárbaros, no pudo ponerlos en derrota, porque prevaleciendo el deseo de vencer, se entregaban ciegos a la muerte. Ellos cargaron con tal ímpetu, que se vio Aguirre y su gente en las últimas extremidades. Por dicha de éstos el valeroso capitán Gaspar de Medina, que con un destacamento corría la campaña, fué bastante advertido para conjeturar por las huellas los muchos bárbaros que se habían dirigido hacia aquella parte del país en que se hallaba Aguirre. Acelerando cuanto pudo sus marchas, cayó rápidamente sobre las espaldas del enemigo, y lo batió por entero arrebatándole una victoria, que se decidía á su favor. Derrotados los Calchaquíes se refugiaron a sus breñas, más bien irritados que arrepentidos. Aunque Aguirre con su gente cumplió bien sus deberes, tuvo sobrada equidad para adjudicarle a Medina todo el honor del triunfo. Este género de victoria, que ganó sobre su amor propio, debió darle tanta más gloria, cuanto siempre es más difícil vencerse a sí mismo, que á un enemigo.

² El Sr. Felipe II por una real cédula de 29 de agosto de 1563 declaró esta independencia agregando la provincia al distrito de la real Audiencia de la Plata.

Temía Aguirre que reforzados los Calchaquíes causasen nuevos insultos. Para escarmentarlos del todo, y completar la victoria, mandó el día inmediato se siguiere el alcance. Un buen número de soldados escogidos bajo la conducta de su hijo el maestre de campo Valeriano de Aguirre, y del capitán Medina, caminaron sobre sus huellas. A quince leguas de distancia había hecho alto el enemigo en un paraje fragosísimo. El ardor que suscitó en los españoles el pasado suceso, hizo, que acometiesen sin bastante consejo en un lugar, donde el terreno daba toda la ventaja al enemigo. Los bárbaros opusieron por su parte una vigorosa resistencia, en la que aunque murieron muchos, lograron quitar del medio al maestre de campo, y á otros soldados. Con tan buena ventura acaloraron más la acción llegando á prometerse, que los restantes serían en breve víctimas de su valor. El prudente Gaspar de Medina, a quien no se le ocultaba que los bárbaros recibían nuevos refuerzos, tuvo por infalible su derrota, si con tiempo no ponía en salvo las reliquias de este destacamento. Así lo hizo mandando tocar la retirada. No fué pequeña dicha poderlo verificar. Una engañosa conjetura hizo que los Calchaquíes la tuviesen por una acechanza, y no se atrevieron. Por otra parte aunque Medina mudó de ruta, buscando siempre la menos arriesgada, se vió en gran peligro de que lo sorprendiesen mil indios, que lo espíaban de emboscada. Ya había salvado este mal paso, cuando lo descubrieron los enemigos. La suma diligencia con que huyó hizo inútiles todos los esfuerzos del alcance. Debíó por segunda vez Aguirre su salud al capitán Medina, en el hecho mismo de haber conservado aquel residuo de soldados con que podersele reunir. El gobernador solo se hallaba con treinta hombres en medio de un país alterado de sangre humana, y en que parecía inevitable su exterminio. Con el auxilio de Medina pudo salir de aquella tierra tan arriesgada; pero siempre con el ánimo de volver a ella y hacerla el teatro de sus conquistas. A este efecto hizo que el capitán Medina se transportase al reino de Chile, y reclutase algunos soldados con el cebo de pingües encomiendas, que debía ofrecerles á su nombre. Medina desempeña debidamente su comisión. Veinte y dos hombres aguerridos lo siguieron á su regreso, el que verificó trayendo también á su familia³ y nueve doncellas españolas con quienes pudiesen casar los conquistadores tucumanos.

**Aclaración: Se respetó la ortografía de la fuente documental.*

Funes, Gregorio. *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán*. Buenos Aires, L. Rosso y Cía, 1910, cap. V y VI.

Especial Efemérides. 12 de Octubre. Dirección de Producción de Contenidos. DGCyE.

³ Esta se componía de su mujer Doña Catalina de Castro, una hija suya y dos hijos, D. Luis y D. García de Medina.